

# BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,  
DE CADIZ.

---

## PENSAMIENTO Y AMOR.

Todo el que piensa está con el que ama.  
VICTOR HUGO.

El gran poeta, el pensador ilustre lo ha dicho en su discurso de apertura del Congreso literario de Paris: *todo el que piensa está con el que ama.*

Difícilmente pudiera desearse más noble aplicacion de esas palabras que la que ofrecer puede el levantado ideal de la Sociedad Protectora: ésta, teniendo en el amor su principio, y dirigiendo su proteccion á la naturaleza viva, parece encontrarse dentro del gran pensamiento que sirve de principio á estos renglones: los pensadores deben todos, en efecto, estar de acuerdo con las doctrinas de amor y proteccion á los seres inferiores al hombre.

Y ¿por qué no estarlo?

Las Sociedades protectoras no aspiran sino al bien; la falta de conocimiento de sus aspiraciones es lo que puede dar lugar á que entre nosotros, en la patria nuestra, haya quien haga guerra, y aun constantemente combata, la idea de proteccion.

Porque conviene espresar la verdad: en España la idea proteccionista se abre paso luchando sin cesar, ganando terreno palmo á palmo.

No importa, sin embargo: la idea existe, ha dado frutos; sin el amor, sin el ideal que constituye la constante, grandiosa aspiracion del sér, la idea ingrata se vería privada de su primer, de su más poderoso objetivo.

Y sólo amar quieren cuantos se acojen á la bandera de nues-

Setiembre 1.º, 1878.—TOMO V.—Núm. 5.



tra Sociedad, aún así, aún teniendo por objeto los séres todos que rodean al hombre, hay quien tiene la mofa por triste pago de nobleza tanta.

Si en la esfera grandiosa de la vida no se presentara todo en tan estrecha relacion unido, pudiera admitirse, ó idearse quizá que el odio llegara á ser principio de existencia; mas siendo los séres todos solidarios los unos de los otros, no se comprende que fuera del amor haya nada que á establecer llegue la armonía.

Parece como que hay estrecha relacion entre pensar y amar; parece como que se odia porque no se piensa.

Y debe ser así: cómo, pensando, puede llegar á odiarse la vida que se ostenta á nuestro lado?

Saliendo al campo, admirando el mundo vegetal en su grandiosa, ostensible belleza, no es posible, reflexionando sobre el valor exacto de los séres que forman ese mundo, dejar de sentir por ellos eso que debe llamarse sólo amor.

Porque la humilde hierbecilla sirve al hombre, aún tan pequeña y mísera, de mucho, cuando ella para nada del humano auxilio necesita.

Orgullosa, el que quiere llamarse falsamente rey de la creación, pisa con desprecio la planta, y á la vez, al aspirar el aire que vigoriza su sér ó su organismo, aspira, sin siquiera apercebirse de ello, el oxígeno que el pobre humillado vegetal, le dió generosamente.

Pensar en esto y odiar al vegetal, es imposible: la vida de los hombres no existiría sin la espléndida vida de las plantas.

Enfermo el cuerpo, la medicina encuentra en muchos vegetales principios que favorecen á la salud del hombre, contrarestando los que le producen agudos sufrimientos: la salud recobra, gracias al vegetal, debiera hacer pensar al que enfermo se halló, y el raciocinio debía traducirse por su sincero agradecimiento hácia lo que beneficio tan notable produjo: agradecer es en este caso como amar.

Se va viendo cuanta verdad encierran las palabras que sirven de principio á estas líneas: si pensar produce al fin amor tan sólo: el que piensa está, pues, con el que ama.

No hay duda alguna: el odio es hijo de la irreflexion, de la fuerza que obra espontáneamente: el hombre amará tanto más, cuanto más piense.



Porque no es sólo en la vida vegetal donde puede esto verse realizado: el pensamiento habrá de sublevarse ante la falta de reconocimiento del bien que se recibe y no se paga.

En la vida ya prolongada y larga del hombre aquí en el globo, al venir, tras sucesivas transformaciones, al estado en que hoy lo encontramos, ha ido poco á poco llamando á sí, procurando la ayuda de muchas especies animales.

Si no fuera clara y evidente la utilidad inmensa de esta union, pudiera demostrarla su misma antigüedad.

Al verse hoy el hombre rodeado de tan variados y numerosos seres, olvida cómo ha ido formándose el vínculo existente, y llamándose *rey* se hace fácilmente tirano cruel y despreciable.

Es más fácil admitir la opinion formada y transmitida como verdad, que investigar la verdad misma que pudiera no serlo: de aquí que, no pensamos, que el error se trasmita y llegue á todos como cosa admitida y muy corriente.

Ser dueño, ser señor absoluto es, en efecto, disponer libremente de la propiedad: el hombre, creyéndose señor de los animales todos, se juzga con derecho absoluto, y mata, perjudica, maltrata, por el mismo poder que piensa poseer.

Pensando en el origen del hombre, y estudiando la cuestion en su aspecto exacto y verdadero, se llega á comprender que la union del hombre y los seres inferiores, es ó debe ser únicamente de mútuo provecho.

De este modo, el cuido, suficiente alimento y el buen trato, serán justo pago de la ayuda eficaz que al hombre prestan los animales que para él trabajan.

Así juzgando, no hay medio de faltar á este deber, que resulta existente, sin ser injusto: el pensamiento aquí traerá tras sí la idea de solidaridad entre unos y otros: de esta debe salir la del amor.

¿Cómo, pues, los que piensan pudieran dejar de estar unidos á los que por el amor van animados?

Si el resultado al fin es uno mismo, la union es preciso que exista y se realice.

Cuando se estudia el desenvolvimiento progresivo de la humanidad, y se comprende el resultado general de ese aumento de fuerza inteligente, se deduce en seguida que el hombre, ganando en inteligencia, se hace cada vez más perfecto.

Ahora bien; ser más perfecto, es obrar más en armonía con



el destino del sér aquí en la tierra, es producir el bien, por el amor.

La inteligencia, pues, se resuelve en amor: pensar y amar vienen á ser manifestaciones ó resultantes de una fuerza única é idéntica.

Victor Hugo ha dicho verdad en sus palabras: no pueden, no, dejar de estar de acuerdo, el que ama por el amor tan sólo y el que piensa, buscando la verdad.

Desgárrese la venda, el velo oscuro que cubre la inteligencia; ábrase paso la verdad; entónces la union será ya estrecha; la idea producirá el amor.

Y miéntras esto sucede, la Sociedad Protectora luchará con fé y con constancia: el porvenir es de la inteligencia, el porvenir es del amor.

E. THUILLIER.  
Socio correspondaal.

---

## LAS ABEJAS.

---

CARACTÉRES.—ABEJAS MADRES, OBRERAS Y ZÁNGANOS.—COSTUMBRES.  
—ESPECIES EXÓTICAS.—CERA Y MIEL.

---

### II.

El naturalista sueco comprendió en su género *Apis* multitud de especies que, por ofrecer notabilísimas diferencias, ha sido preciso distribuir en distintas familias comprendidas hoy en el orden de los *Himenópteros*. Hállase entre ellas la de los *Apidos*, llamados *Melíferos* por Lutreille, cuyo género tipo, el género *Apis* y su especie *mellifica*, van á ocupar nuestra atención.

La *abeja* es un insecto de metamórfosis completa, como en adelante veremos, de color uniformemente pardo oscuro y con algunos pelos cortos y bermejos diseminados en distintas partes de su cuerpo; cuadrangular el primer artejo de sus últimos tarsos, ofrecen estos en su parte interna numerosos pelitos dispuestos en forma de cepillo, cuyo nombre toman y es su objeto recoger el pólen de las flores que, hecho pequeñas bolitas, mediante su viscosa saliva, son retenidas en una pequeña



depresion denominada *cestillo*, que existe en la parte inferior y externa del par último de patas.

Si creyéramos ley absoluta que basten dos séres diferentes de una especie para poder perpetuar la prole, nos convencería de lo contrario el patente ejemplo que nos ofrecen estos insectos, quienes necesitan para aquel fin mayor concurrencia de individuos. Vémosles, en efecto, reunirse en numerosas y perennes sociedades compuestas de individuos de tres linajes: machos ó zánganos, hembras fecundas y otras estériles llamadas ántes *neutras*, por creérselas exentas de sexo, y hoy más propiamente *obreras*, por alusion á sus costumbres.

Habíase creído con Aristóles, áun en aquel tiempo en que prevalecía la idea de generacion espontánea de las abejas, que los zánganos poseían el sexo femenino y las obreras hacían el papel de machos; pero Swamdan estableció la verdad en este punto, merced á sus profundos estudios en anatomía íntima.

De las hembras fecundas constitúyese una en *madre*, nombre que á nuestro juicio la correspondería mejor que el de *reina* que se le dá, puesto que ningun mando ni gobierno ejerce, y sí solo el cargo importante y exclusivamente suyo de la maternidad. Los zánganos son sus esposos, y las obreras séres indispensables que contribuyen armónicamente en union de los anteriores y de una especial manera, al fin de la reproduccion. En esta admirable reparticion de empleos, desempeñan los zánganos el de perennes mantenedores de la fecundidad de la hembra; pero no basta que esta facultad se halle asegurada: necesita la innumerable posteridad una idónea mansion donde albergarse, un alimento delicado con que nutrirse, y una série, en fin, de solícitos cuidados que la protejan y defiendan de enemigos extraños; circunstancias propias de los padres en toda la escala animal, ménos en el grupo que nos ocupa, porque la abeja engendradora, macho ó hembra, de tan exclusivo modo está consagrada á la funcion reproductora, que es inepta hasta para proporcionarse su propia alimentacion; pero las hembras imperfectas desempeñan esos accesorios papeles maternales, construyendo viviendas, aprovisionando víveres y prodigando las más tiernas atenciones á la nueva prole.

Con relacion á los diversos cargos que la Naturaleza ha conferido á los distintos miembros de estas peregrinas comuni-



dades, les ha dotado de facultades instintivas particulares, de órganos determinados y aun de aspecto diferente.

Al punto se reconoce la madre ó *reina* si se halla acostada sobre el abdómen, pues sus alas apenas llegan á la mitad de éste, más alargado y grueso que en las hembras estériles, puesto que, á diferencia de estas, ha de contener los fecundos gérmenes de una copiosa aovacion; su color leonado y siempre brillante, lo es especialmente en el principio de su larga vida, que durará de cuatro á cinco años; como para nada lo há menester, no ostenta en sus largas patas cepillos ni cestillos; pero sí un fuerte y encorvado aguijon en la terminacion del vientre, arma poderosa que no empleará contra extraños enemigos por tener un valiente ejército de obreras que la defiendan en casos supremos; pero con el cual asestará mortales aguijonazos á otra hembra semejante que usurparla pretenda el puesto ó á quien desée reemplazar por conquista, si aún no es soberana señora de la colmena.

A diferencia de la madre ó reina que sólo existe una en cada sociedad, los machos existen en número de 500 próximamente; más oscuro su matiz que el de las hembras, y como ellas desprovistos de órganos colectores del pólen y de aguijones, pero orlados de apéndices peludos en la redondeada extremidad de su abdómen, es característico en ellos el enorme tamaño de sus ojos, que ocupan casi toda la cabeza, harto pequeña á la sazón, circunstancia que explica la escasez de su inteligencia. Mansa y apacible es su efímera existencia, que suele á los tres meses terminar trágicamente, y durante la cual comen para vivir y viven para fecundar. Mientras permanecen encerrados, es su única é inocente ocupacion el comerse la miel que las obreras almacenan; pero en los hermosos días en que el sol de primavera comienza á vivificar las flores y á vestir en la atmósfera su impalpable, esplendoroso y templado polvo de oro, los zánganos salen y giran en bulliciosos revoloteos en torno de la colmena, produciendo un ruido especial y despidiendo un olor característico. Y es que la naturaleza entera se dispone ya á celebrar sus bodas, á consumir ese acto solemne y misterioso del amor universal.

Más crecido es el número de las obreras, flutuando entre quince y treinta mil las de cada colmena; pero su existencia es en cambio bien corta, no excediendo de doce á diez y ocho me-



ses. Como á veces han de llevar á cabo largas expediciones, sus alas adquieren un notable desarrollo, llegando hasta el extremo del abdómen; de los órganos de los sentidos, la vista y el olfato poseen una sutilísima sensibilidad que les conduce directamente á través de prolongadas distancias, á los sitios donde se exhala la rústica fragancia de sus flores predilectas.

Estas abejas operarias hánse dividido por algunos curiosos en *proveedoras* y *nodrizas* las unas, y *cereras* ó *arquitectas* las otras, siendo cargo de las primeras los cuidados domésticos de la progenitura y de las segundas la construccion y conservacion de la colmena. Segun Hamet y algunos agricultores, esta distincion de funciones no es absoluta, aunque sí se advierte que las operarias jóvenes son generalmente *cereras*, y *recolectoras* la ancianas; pero es lo cierto, que á unas y otras se las observa salir á verificar esta última operacion en los dias apacibles y serenos, y que todas se dedican á los trabajos interiores cuando las inclemencias meteorológicas se oponen á sus excursiones.

Estos son los principales caractéres diferenciales de esta triple variedad de insectos, en cuya vida privada vamos á sorprender uno de los más bellos prodigios de la Naturaleza.

### III.

En el mundo físico, ántes que el arte es siempre la Naturaleza; por eso el arte saca de ella sus productos y en ella modela sus obras: por eso tambien, si el hombre no ha preparado anticipadamente una colmena artificial donde se aloje la ávida colonia, sienta ésta sus reales en las quebraduras de las peñas ó en los huecos carcomidos de los árboles.

Una vez instalada, comienza el trabajo de los arquitectos: lo primero es curar por completo el recinto, tapando escrupulosamente cuantos agujeros é intersticios haya, salvo la *puquería* ó pequeña abertura situada en la parte inferior y anterior por donde entran y salen los moradores. ¿Mas con qué material han de lograr aquel objeto? Observémosles y les veremos tomar de las yemas y retoños de ciertos árboles silvestres una especial sustancia resinosa que, elaborada convenientemente, constituye un precioso cemento, llamado por los colmeneros *tanque*, y técnicamente *própolis*; porque este cemento llena la primera necesidad para echar las bases de la nueva ciudadela;



ya no pueden, pues, penetrar á sorprender su trabajo ni los indirectos y modestos rayos de luz, ni la curiosa y escudriñadora mirada del hombre. Y cuando en la colmena artificial (\*) se pretende hacer la exploracion al través del cristal que la limita, precipítanse al punto á cubrir de un espeso cortinaje la superficie del débil muro. ¡Sublime ejemplo de inusitada modestia, digna de imitacion en las humanas empresas!

Adoptadas tales precauciones proceden á la construccion de los panales. Constan estos de un plano vertical, á cada una de cuyas caras van aplicadas innumerables celdillas prismático-exagonales que quedan en sentido horizontal y con el extremo libre abierto; están formadas por una sustancia particular segregada por el insecto obrero y conocida con el nombre de *cera*; secrecion que no experimentan las fecundas ni los machos. Luego que aquel ha segregado una cantidad suficiente de cera, la amasa con su saliva, con lo que la hace más maleable, la extiende en placas de un espesor uniforme, y las divide con sus mandíbulas en piezas de forma y magnitud convenientes para la formacion de las celdillas, que son de tres especies: las tres cuartas partes son más pequeñas, y de esta las superiores se destinan á guardar la miel en la época de la recoleccion, cuidando de cubrir la celdilla despues de llena, para que no se vierta al exterior, con una tapa plana tambien de cera. Las celdillas inferiores sirven de delicada mansion á las larvas y ninfas estériles: otras semejantes, pero más amplias, sirven de alveolo á los machos; y, por último, existen otras celdas sobre el borde del panal ovoideas, infinitamente menores en número, pero de extension mucho más considerable que todas las anteriores, puesto que necesitan 150 veces más que estas, y cuyas paredes, sembradas de pequeños taladros triangulares, han de servir de augusta estancia á las hembras reales ó fecundas.

Es admirable observar que ántes de la ovacion, y como si las obreras presintieran exactamente el número de huevezuelos que ha de poner la madre, edifican igual número de celdas que el de estos, variando las operaciones en cada época del año.

Fijémonos en una colmena en los meses de Mayo ó Junio. Algunos machos han abandonado ya su infantil morada, y va-

---

(\*) En España, en que tanto abunda el corcho, se construyen de esta materia, y con un vidrio en la parte anterior ó superior en los colmenares criados en domesticidad.



rias ninfas se disponen tambien á salir triunfantes á transformarse en abejas fecundas. La reina de la colmena muéstrase con tales acontecimientos muy intranquila y agitada, agitacion que se trasmite á todos los miembros de la comunidad; reina en la colmena una actividad inusitada, una extraña ebullicion; elevase la temperatura; un termómetro centígrado marca 45° á 50°, y á veces la tapa de los almacenes se derrite, y la dulce provision se derrama fuera del panal; y es que la respiracion del insecto se verifica con una rapidez y una fuerza extraordinarias, sus alas se estremecen y baten con violencia y una calorificacion extremada, dependiente de la intensa combustion que se verifica en el organismo del himenóptero, acumula dentro de la colmena una gran cantidad de calórico.

Este es el período más difícil y arriesgado para los aficionados á la inspeccion de los panales: advertidas las obreras encargadas de la vigilancia, de la aproximacion de un extraño, dan la señal de alarma; las abejas, que por ahora se hallan poseidas de un verdadero furor maternal, se disponen á una sangrienta lucha; el ejército defensor se va engrosando con los nuevos individuos que nacen, y todos se hallan dispuestos á vender cara su existencia en defensa de las tiernas princesas, que no tardarán en ser objeto de nuevos trastornos sociales.

En efecto, la reina de tan admirable monarquía se dirige á las celdillas de las fecundas con el egoísta y criminal intento de exterminarlas, cuyo plan es infructuoso por la intervencion de las obreras: pero abandona su mansion una futura madre, y la lucha es inevitable; en presencia de los moradores de la ciudad empuñanse aquellas en rudo y singular combate; si la primera mata á la más tierna, no tardará en repetirse el duelo con otra nueva; mas si no lo logra, es destituida ignominiosamente del poder, y huye avergonzada seguida de algunos fieles vasallos, constituyendo lo que se llama un *enjambre*, cuya primera operacion es suspenderse de una raíz adheridas unas á otras, y llevando siempre en medio á la destronada madre. Entónces los colmeneros presentan al enjambre una colmena, donde al punto se refugia la nueva colonia, que formará sin demora sus panales; y si el enjambre no es recogido por los exploradores, va á instalarse en alguna cavidad natural del terreno ó de algun árbol silvestre.

Colmenas hay tan populosas, que pueden producir en un



año dos, tres ó más enjambres, sólo que el número de sétas está en razon inversa de las probabilidades de su duracion.

La hembra vencedora quedó, pues, dueña de la primitiva colmena por derecho de conquista. Pocos días han trascurrido desde su metamórfosis de linfa en insecto, cuando los zánganos circundan la colmena en sonoros y súbitos torbellinos. Sensible la augusta abeja á tan insinuantes sollicitaciones, desplega sus transparentes alas, se lanza en medio de sus rendidos amantes, y despues de algunos giros, contoneos y remolinos en torno de la colmena, todos, en zumbante algazara, se remontan en el espacio, donde aquellos la brindan con sus amores en aéreo tálamo nupcial.

Ya está la hembra fecundada para siempre, y sin otra detencion vuela á su real cámara, la que jamás abandonará si no es para formar un nuevo enjambre.

EDUARDO PASCUAL Y CUELLAR.

(Continuará.)

---

## APUNTES PARA UNA HISTORIA DEL TOREO EN ESPAÑA.

---

(CONTINUACION.)

Hé aquí ahora los tremendos comentarios que hace tambien *La Iberia*, aunque no ya *El Tio*, en la gacetilla del 18 de Abril, refiriéndose á la cogida de Frascuelo que acabamos de relatar por boca agena.

«ECOS DEL DIA.—Yo tuve la desgracia de verlo.

El toro dió al diestro una cornada terrible; lo arrojó al suelo, y aun le causó otras dos ó tres heridas.

El espada se levantó casi exánime, anduvo algunos pasos, y volvió á caer de rodillas junto á la barrera, hiriéndose nuevamente del golpe con las tablas.

Esto se llama aquí un espectáculo divertido.

¡Qué emocion tan agradable!

¡Qué á propósito para inspirar buenos sentimientos á un pueblo!

—  
La plaza estaba llena de gente.

Los palcos ocupados por bellísimas damas que lucían trajes de vivos colores.

Es preciso adornarse mucho para asistir á un lugar donde puede ocurrir la muerte de un hombre.

Es preciso que haya alegría en el traje y en el rostro.



Las damas dieron un grito al ver al matador en los cuernos de la fiera.  
Crey que se iban á desmayar todas.

Pero los dependientes de la Plaza cogieron en seguida al herido y le retiraron.

El espectáculo continuó y las damas no dejaron de seguir prestando á la fiesta el aliciente de su presencia.

No era cosa de retirarse porque todavía podía morir otro hombre.

El público en general se mostró lleno de virilidad y como correspondiente á los hijos de un pueblo bravo.

Los toreros, compañeros del herido, sufrieron sin duda una gran emoción con aquella cogida.

La impresion les hizo perder mucha parte de su serenidad.

Y el público los denostó y los injurió por su extravagante sensibilidad.

Con toda la cultura que en tal sitio se acostumbra, les echó en cara el escaso sentimiento de que sin duda se hallaban afectados.

Esto revela toda la virilidad de nuestro país.

¡Aturdirse por la desgracia de un compañero, de un amigo ó de un hermano!

Sólo á los toreros se les puede ocurrir semejante ridiculez.

No, señor; y sobre todo, ¿para qué paga el público 10 reales por un tendido?

Para que muera toda la cuadrilla si sale un toro que sea capaz de realizar esta hazaña.

Hay que respetar los derechos que con el billete se adquieren.

Por fortuna, los que no abandonaron la Plaza al ver la primera desgracia, tuvieron la suerte de presenciar otra.

A un picador se le desbocó el caballo y dió una caída mortal.

Los mozos se lo llevaron sin sentido á la enfermería tambien.

Hubo un instante en que la Plaza quedó sin picadores cuando esto sucedió.

El público empezó á gritar: «¡Picadores! ¡Picadores!»

«¡Que se enfria el toro!»

Esto es, deprisa, no sea que al toro se le pasen las ganas de mandar más hombres al hospital ó al Campo Santo.

La autoridad (porque la autoridad dirige tan bonito espectáculo) mandó á sus agentes para que escitaran á los picadores y salieran pronto.

El celo de la autoridad en esta materia merece cualquier premio.

Pues ¿y aquello de amonestar al contratista para que diera mejores caballos?

Aquí sí que se demostró en el presidente el deseo de cumplir bien su elevada mision.



Los caballos que sufren allí la agonía para regocijo de nuestra aristocracia, de nuestra clase media y de nuestra clase infima, deben ser buenos.

Porque si se lleva un caballo moribundo que no tenga fuerza para luchar con la muerte un buen rato, ¿dónde está el espectáculo?

Pero lo valiente no quita lo cortés.

Enérgicos en la Plaza, somos lo más sensibles que cualquiera pueda figurarse despues de la corrida.

Fuera de la Plaza, ¡qué dolor! ¡Un matador herido!

Maldiciones al toro, lágrimas, palabras enternecedoras, pena profunda, angustia espantosa en todas partes y ansiedad por conocer el estado del torero, minuto por minuto.

En la Plaza, gritaban:—¡Más corto!—esto es, acérquese V. más al toro, y que se aumente el peligro.

Luego, esos se van á firmar al portal de la casa del torero, y se quedan tan frescos.

Nada diré de la lista que hay en dicha casa.

Los ministros han puesto allí sus nombres.

No sé si todas esas personas firmantes habrán firmado en la casa del malogrado Oudrid cuando estaba enfermo; pero es lo cierto, que á su entierro no fueron.

Verdad es que de Oudrid no se sabe que hubiera puesto nunca un mal par de banderillas.

Volvamos la hoja.

Cuando se reflexiona sobre esto, los pensamientos más tristes vienen á la imaginacion.

Hasta llega uno á creer que nos merecemos el ministerio que el señor Cánovas preside.

Por desgracia esto es antiguo.

Un torero herido y un ministerio como el de Cánovas, ¿no constituyen lo esencial de la zarzuela *Pañ y toros*?

Ya veis como se explica, no ya *El Tío*, sino el *caballero español* lleno de tanto patriotismo hacia su país, como de indignacion contra cuantos concurren á hundirle en la abyeccion y en la vergüenza.

Como la aberracion y la culpa no tienen edad, categoría ni sexo, hay en esta sarcástica censura su merecido para las damas, para las autoridades y para el público: sobre todo para el público aristocrático que vá á arrastrar sus timbres por la arena de las plazas de toros ó á estamparlo en las listas que ponen



los toreros en los portales de sus casas el día en que los ensarta el toro.

Entre la mujer celtibera que caminaba tras de su marido al combate y ocupaba en él su puesto peleando junto á su cadáver ensangrentado hasta poner sus yertos despojos sobre los de su valeroso compañero, y la dama castellana que, llena de repulgos y colorete, ocupa el palco en la plaza de toros y mientras cuenta á su amante el desmayo que le dió por haber visto un ratoncillo en su alcoba y la bebida antiespasmódica con que tuvo que entonar sus nervios para poder asistir al espectáculo, persiste tiesa y estirada en su puesto despues de haber contemplado la cogida de un torero, la muerte horrible y repugnante de una docena de caballos y todos los bárbaros detalles de una lidia, hay que optar por la ruda fiereza de la amazona antigua: entre el marido y el amante, es más alto y más caro el primero que el segundo: entre la batalla y la lidia, hay la diferencia de lo sublime y magestuoso del cuadro de la primera, y lo bárbaro y soez del de la segunda y entre los objetos carísimos que se defendían en aquel combate y el resultado fatal y pernicioso que se alcanza con las corridas, no hay que vacilar. La mujer española ha degenerado en nombre de la civilizacion: antes era compañera fiel y guerrera valerosa, hoy no acierta ni á ser modelo de ternura, mujer delicada y sensible, cumplida dama y digna matrona.

La civilización ha hecho á la mujer hipócrita: si quereis la razon de su belleza, pedídsela á los afeites; si quereis la de su amor, preguntádsela al egoismo; si quereis la de su sentimentalismo, idla á buscar á la plaza de toros.

La mujer está perdida: su inmoralidad no es ménos grave por estar disfrazada; antes bien sus peligros son mayores por ser alevosos y encubrirse bajo una sonrisa angelical, una apariencia seductora y unas promesas tan dulces como falaces.

Id, id á buscar esposas para vuestro tálamo y madres para vuestros hijos, entre las que bailan desnudas en vuestros salones, barren con terciopelos vuestros paseos y asisten impávidas, ataviadas para una fiesta y sonrientes de felicidad, á los espectáculos de muerte.

La mañana al templo, la tarde á los toros, la noche al baile, siempre al pecado..... pero jamás al hogar del hombre honrado. Elegid damas santurronas y taurófilas: elegid.

Pero á bien que en la misma corrida hallareis dignas parejas;



ahí teneis á los aristócratas que comparten con vosotras los go-  
ces de las lidias tauromáquicas, que querrán ser vuestros espo-  
sos y que seguirán mañana arrancandoos del lado de la cuna de  
vuestros hijos para que vayais á ver como se matan los animales  
y como mueren los hombres.

¡Que mal se aviene el orgullo con esos alardes de feroz po-  
pulacheria! ¡Como se contradicen esos dos afanes! el de acu-  
mular avidamente las hazañas de toda una generacion simboli-  
zadas en títulos y motes nobiliarios, sobre las costillas de un  
vástago incapaz, no ya de secundarlas, sino de resistir su peso,  
y el de ir á plantarlas en el tendido de una plaza de toros en-  
carnadas en una figura vestida á la inglesa, rizada y perfuma-  
da, pero despechugada luego, enrojecida por el calor, ronca con  
la insultante gritería que desgarrá su laringe, descompuesta en  
ademanes y lenguaje y en estado tal, que si despertaran sus  
nobilísimos abuelos, volverian á morir de corage y de ver-  
güenza.

¿Para que nos sirve hoy nuestra vieja nobleza? de comparsa  
en los salones palaciegos y de motivo de tristeza y de confusion  
en las plazas de toros.

Si á un rey español preguntárale otro monarca convecino:—  
Decidme quien es aquel tan gentil, tan gallardo y tan lujoso?—  
Seguramente contestaría:—Uno de los ilustres descendientes de  
nuestra más antigua nobleza: duque, grande de España de pri-  
mera clase, diez veces marques y quince veces conde: Oh! si le  
viérais vestido de *chulo* capeando uno de nuestros bravos toros  
del Jaramal! Ese sí qué es garbo, y arrojo, y valentía! Jamás  
estuvo en la guerra, ni desenvainó otra espada que el estoque  
que le presta Frascuelo, su maestro, con quien come todos los  
días; tampoco ha pronunciado discursos, ni hecho comedias;  
porque no se le alcanza mucho de ciencias ni de literatura; ni  
siquiera ha fundado un hospital, ni un asilo, ni nada de prove-  
cho; enfin, con deciros que no es político y que parece entender  
de la cosa pública ménos que un barbero, está dicho todo; pero  
en cambio, es una de nuestras glorias nacionales, uno de los jo-  
yeles de nuestra fastuosa corte.—

Oh, oh, oh! Unamos esas parejas: saquemos ese par de figu-  
ras de la plaza de toros y casémoslas para que se perpetúe la es-  
pecie, y rabie luego ese espíritu democrático que vocifera con-



tra la nobleza contemporánea, acusándola de que nada sabe de bueno ni nada hace que no sea malo.

Y la autoridad? Con gran razon le dá su mordisco el crítico de *La Iberia*: ¿pues qué se apela al Presidente para facilitar la barbarie ó acrecentar la crueldad?

Mas ¿qué no se verá obligada á hacer la Presidencia en una plaza de toros? Señor! ¿cuándo se recompondrán ciertas ideas, siquiera para que se vea lo que significa el presidir una barbarie por más que sea una barbarie nacional? ¿Cuando habrá valor en la patria del Cid y de Guzman, de Carpio y del Gran Capitan, para resistir las imposiciones bullangueras de abajo, las exigencias imperiosas de arriba y las rutinarias reclamaciones de en medio? ¿Cuando habrá franqueza para contestar al mundo entero—«Eso que pedis es una atrocidad: no hay razon para exigir que un hombre se cubra de vergüenza: mi vida es vuestra si sois bastante salvajes para tomarla; pero mi decoro es mio, se halla robustecido además con la dignidad del cargo que ejerzo, y tanta honra vale más, mil veces más, que toda vuestra obcecacion, vuestra inhumanidad y vuestra tirania: yo con la razon, valgo más que todo el País sin ella; porque yo soy el derecho, la justicia, la libertad, la moral, la civilizacion, Dios mismo, y el pais es la fuerza, la arbitrariedad, el despotismo, la inmoralidad, el atraso, la vergüenza, el infierno entero: quitadme el caracter que me habeis dado, pero no le pongais por precio la ignominia de presidir una lidia de toros?»—

Entónces habría que ir á buscar presidentes para las corridas entre esa aristocracia taurómaca que no se desdén del oficio de *chulear* y tiene á gala el trato con las gentes de plaza. Perfectamente: eso querría decir que la nobleza de pergaminos valdría inmensamente ménos que la dignidad autoritaria. Hacer á un hombre concejal, equivaldría entónces á hacerle más grande y más noble que todos los títulos de España, incluso los descendientes directos del cazador D. Favila y del forzado Vargas Machuca.

En cuanto á lo que el comentador irónico de *La Iberia* dice del público, nada tenemos que añadir: sería inútil: además, halagado en su costumbre, apoyado en ella por los altos representantes del Estado, del poder, de la nobleza, del dinero, de todo ménos de la ilustracion y del patriotismo, nada tiene de ex-



traño que persevere en sus aficiones, que llene las plazas y que dé de comer á los empresarios de toros, sin duda algo ménos que lo que dará que sentir el mejor día al país y á sus gobernantes.

Es raro que tratado generalmente el pueblo con el mayor desden y el más osado despotismo por las clases privilegiadas y por los presupuestívoros, se acuerden estos de hacerse populacheros cuando se trata de toros, aviniéndose á gustos, fiestas y formas de un tan marcado carácter demagógico, tumultuoso y socialista. Y no deja de serlo también, que gentes que tascan duramente el freno de su dependencia y muestran cierto encono, sin duda exagerado, contra lo que ellos llaman, los *insultos* de la aristocracia, se avengan á alternar con ella, á *codearse* con sus adversarios, á compartir sus emociones, á participar de sus juicios, á sofocar sus prevenciones, base sátnica de sus injustos odios, y á permanecer algunas horas en trato familiar y hasta ameno con ellos, como si se hubiesen despojado de sus prejuicios al entrar en la plaza, por supuesto con la intencion de recobrarlos, aun más vivos, al salir de ella.

Oh! poder nivelador, prodigiosamente nivelador, del espectáculo taurino!

¡Algo admirable habías de tener!

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.

---

Erratas.—En el artículo suscrito por el Sr. Cammas é inserto en el número 4.º del BOLETIN correspondiente al 15 de Agosto, se han deslizado las dos erratas siguientes, ambas en la página 54.

En la línea 28, donde empieza: *La cera que se usa en la estearina &.<sup>a</sup>*, debe decir: *La cera que escasea, la estearina &.<sup>a</sup>*

Y en las líneas 34 y 35, en las que se lee: *que se alimentan en los campos caseros*: debió decirse: *que se alimentan en los campos, caserios, &.<sup>a</sup>*